

# EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,  
Pedregosa, 7.  
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CARLOS DIAZ.

Precios.  
En Córdoba, trimestre, 6 rs.  
Fuera de la capital, id., 7 id.

REDACTORES.		
D. Carlos Diaz Bolla.	Alcalde Valladares (D. Antonio).	Jover y Parotio (Ilmo. Sr. D. Jose).
» Enrique Valdelomar Fábregues.	Avilés (D. Angel).	Jerez Perchiet (D. Augusto).
» Carlos Franquelo Romero.	Aragon (D. José M.)	Melendo (D. Rafael).
» Luis Lopez Amigo.	Ballesteros (D. Manuel).	Núñez de Prado (Excmo. Sr. D. José.)
» Benito Avilés Merino.	Gonde Souleret (D. Rafael).	Navarro y Porras (D. Luis).
» Rafael García Vazquez.	Delgado Lopez (D. Dámaso).	Pavón (D. Francisco de Borja).
COLABORADORES.	Fernandez Grilo (D. Antonio).	Power (D. Teobaldo).
Srta. García (D. <sup>a</sup> Amparo).	Franquelo (D. Eduardo).	Pavón (D. Rafael).
	Fuente de Quinto (Baron de)	Ramirez de las Casas-Deza (D. L.).
	Fernandez Ruano (D. Manuel).	Vasconi (D. Angel).
	Illescas (D. Ricardo).	

## SUMARIO.

Una carta, por Carlos Diaz.—El abanico y la sombrilla, por el Licenciado Cartulina.—Poesias.—Misceláneas.—Pasatiempos.—La señorita de Champrosay, novela, por Carlos Franquelo.

## UNA CARTA.

Excmo. Sr. D. José Nuñez de Prado.  
Sevilla.

Córdoba 10 de Agosto de 1873.

Distinguido colaborador y amigo: despues de haber V. embellecido las páginas de este modesto periódico, con la elegante traducción de Byron, *Parisina*, yo faltaria al deber que mi cualidad de Director me impone, sino me apresurára á darle las gracias por ello, con la enhorabuena por el éxito alcanzado.

Proponíame esto, en primer término, y despues el rogarle que cuando el cúmulo de sus severas ocupaciones se lo permita, me envíe algun trabajo inédito, que no solo verá con gusto esta Redacción, sino el público que nos favorece, ya á sus versos aficionado.

Tengo pruebas de su buena amistad y complacencia y así no dudo quedará atendida mi suplica.

Ahora diré á V. algo de lo que por aquí ocurre, siquiera no sea abundante de interés, y si un tanto parezca añejo y manoseado.

La tranquilidad de que por suerte hemos disfrutado en esta población, por ventura agena á los actos de vandalismo de que esa y otras han sido teatro, hacen que la animación cunda por todas partes, y que nuestros her-

mosos paseos aparezcan engalanados con las graciosas hijas de este suelo, cabiendo igual dicha á los espectáculos públicos, que parecían resentirse días há, con el general desasosiego que todo lo entristecía y perturbaba.

El Gran Teatro, cuyo cuadro de ópera V. conoce, se encuentra cada vez mas favorecido del público, que ha aplaudido mucho en las últimas noches, *Traviatta*, *Maria di Rohan* y *Poliuto*, óperas en que han estado verdaderamente inspirados, la Sra. Tilli, y los Sres. Fárvaro y Conti.

Tampoco han faltado aplausos para la contralto Sra. Latour, si bien es mi pobre opinion, que estos se han dirigido mas á la hermosa que á la cantante. De todos modos allí se pasa bien el rato por los aficionados al divino arte, y se proyecta abrir un nuevo abono de diez funciones, entre las que nos prometen la representación de *Fausto*, para lo que hay bastante animación.

Hoy empieza tambien sus tareas un nuevo teatrillo de verano, con zarzuela y baile grotesco, que así se anuncia en los carteles, y he podido averiguar que el tal baile es ni mas ni menos que el *can-can*, ese hijo espúreo de las nueve hermanas, que de todo tiene menos de plástico y honesto, y que como dice el señor Castro y Serrano, *el teatro es el sitio menos apropiado para su ejecución*. ¿Pero quién piensa ni se acuerda ya de nuestros típicos bailes nacionales, hoy en desuso y destronados por esa desenfrenada importación de allende el Pirineo?

Poco podré hablar á V. de otras manifestaciones del arte en Córdoba; aquí si bien es cierto que no se derriban los preciosos monumentos de la antigüedad, como acaba de acontecer en Granada, donde una turba de

salvajes ha destruido el arco legendario de las Orejas, se tienen los que existen en un deplorable estado de abandono.

La Comisión de Monumentos ha pasado ya á ser uno de tantos, pues ni se la oye ni se le atiende para nada, que harto tienen nuestros gobernantes en qué entretenerse con la tela de Penélope de sus constantes desaciertos.

Así tiene V. por ejemplo, embadurnada de ocre y cal, *materias que aquí constituyen una riqueza*, la mezquita de Almanzor, hoy capilla de un hospital, y de igual disfraz participa toda la fachada septentrional de nuestra hermosa Catedral.

Y es tal y tan grande la afición de estos naturales hácia los colores vivos, afición que sin duda conservan de los árabes, que hasta han *engalanado* una escultura de piedra de San Rafael, que está en las afueras de la ciudad, con una diversidad infinita de colores.

En el entretanto incautado el gobierno desde la revolución del 68 del archivo de la Catedral y Biblioteca Episcopal, estos locales se encuentran desde entonces cerrados y faltos de ventilación, sirviendo para pasto de la polilla libros y documentos preciosos.

En el orden literario ó bibliográfico pueden mencionarse como hechos interesantes á la gloria del país y al buen nombre de sus hijos, la notable empresa acometida por el señor D. Feliciano Ramirez de Arellano, marqués de la Fuensanta del Valle con la publicación de una *Colección de libros españoles raros y curiosos*, con los recursos que la facilita su buena fortuna, erudición y gusto, y asociado al no menos docto y diligentísimo D. José Sancho Rayon, han dado ya á la estampa varios libros preciosos, á quienes su rareza, ilustraciones y belleza tipográfica de la edición añaden nuevos merecimientos. *La lozana andaluza*, obra de un cordobés, *El comentario de la guerra de Frisa*, la tragicomedia de *Lisandro y Roselia*, la *Comedia S Ivagia* y algunas comedias inéditas de Lope de Vega, han sido ya publicadas y están impresas otras producciones igualmente peregrinas é interesantes.

Del primero de aquellos señores se han publicado recientemente algunos artículos y estudios importantes en la acreditada Revista de España, de que es editor el Sr. Alvareda.

Otra Revista profesional y científica, *El Semanario Farmacéutico*, que se publica en Madrid dió á luz en su primer trimestre varios discursos inéditos de D. José Martín de León,

profesor y decano que fué de su facultad en la Escuela central de Madrid, cordobés también, cuya necrología, publicó primero, D. Francisco de B. Pavón y cuyo *elogio académico* ha resonado también en algunos cuerpos científicos de la que fué coronada villa, teniendo consignada una excelente memoria en la historia de la misma facultad y en el aprecio de los naturalistas españoles.

En nuestra capital se publican actualmente dos obras de provecho y fama para conocimiento de este país, y crédito de sus autores, laboriosos patricios, que trabajan porque no cubra el olvido sus tradiciones y tesoros.

Una es la *Corografía de la provincia*, por D. Luis Ramirez de las Casas-Deza, que comenzada á imprimirse hace ya muchos años, quedando en poco más de un volumen, se trata ya de completarla en una nueva edición, bajo la dirección tipográfica del Sr. D. Fausto García y Tena. Solo deploramos que la lentitud con que se reparten las entregas no dé más confianza, esta vez, de obtener pronto en su integridad una obra, necesaria para el estudio de nuestro país bajo el concepto geográfico, estadístico é histórico.

Con mayor rapidez se publican así mismo por entregas los *Paseos por Córdoba* en que se ocupa con meritorio afán D. Teodomiro Ramirez de Arellano. Son un conjunto de noticias oscurecidas, olvidadas, ó sacadas á luz y esplanadas ahora, con tradiciones vulgares y legendarias, notas biográficas y recuerdos de hechos notables en todas líneas que han tenido por teatro á esta ciudad y por actores á sus hijos.

También el mencionado Sr. Pavón ha adquirido con estremada diligencia y no sin algún sacrificio, de la Academia de la historia, una copia del manuscrito de la historia de Córdoba del Padre Ruano que tengo entendido piensa dar á luz, y finalmente nuestro común amigo el Sr. D. Ángel Avilés, está escribiendo un drama histórico del que poseo las mejores noticias.

Sabiendo el interés que á V. inspira cuanto á esta provincia se refiere, no he vacilado en remitirle esta mal urdida carta, por ver si ella le mueve á enviarme una de esas producciones que tan alto nombre le han conquistado en nuestra España.

Por todo le doy anticipadas gracias y soy su muy aficionado amigo S. S. Q. B. S. M.,

C. DIAZ.

## El abanico y la sombrilla.

Es indudable. La humanidad equivoca su camino.

Anda y no sabe adonde se dirige. Se detiene y no sabe para que. Se agita y no conoce su objeto.

Y a propósito de esto se nos ha venido á la memoria la célebre frase de un gran filósofo.

«El hombre se agita y Dios le lleva.» En estas palabras veíamos antes compendiada la historia.

Hoy, según la moderna filosofía, Dios ha dejado de ser el conductor de la humanidad.

El ciego acaso ha venido á sustituir á la Providencia, y por consiguiente el absurdo ha reemplazado á la razón.

Así estamos tan medrados. ¡Como que es el absurdo nuestra luz y el acaso nuestra guía.

### II.

Pero ¡silencio! Al fin hemos llegado á un hermoso país que nos ofrece abundantes delicias.

Hemos pisado la arena de amigo puerto. Descansamos á la sombra de frondosos árboles, halagados por el soplo de brisas bienhechoras en medio de un oasis cubierto de flores que por do quiera ofrece placer á los sentidos.

Pero ¿cómo se llama ese hermoso país que de tantas delicias nos colma?

¡Ah! Tiene un bellissimo nombre. ¡La comodidad!

Ignoro si los griegos y romanos tuvieron la advertencia de incluir la en el extenso catálogo de sus deidades; pero si, apesar de su epicureismo, omitieron esta formalidad, á bien que nosotros hemos llegado á tiempo para reparar esa falta imperdonable.

### III.

En efecto, nosotros deseamos hoy una religion cómoda, una política cómoda, mas costumbres cómodas en extremo.

En religion desechamos la penitencia, en política el desinterés y la constancia, en costumbres la virilidad y energía de nuestros mayores y aquel entusiasmo y pundonor caballeresco que era incompatible con el egoismo.

La comodidad es nuestro Dios y el interés nuestra religion y nuestro código.

El interés es la senda que nos guía al templo de la comodidad. Los hombres son hoy

*interesados* porque aspiran á ser *hombres acomodados*.

### IV.

En la edad moderna de nuevo la muger ha dicho al hombre.

—Toma esta manzana, come de ella y serás feliz.

Esta manzana es la comodidad. El hombre ha comido de ella y se ha hecho á imagen y semejanza de la muger.

Si no ha conseguido tomar su belleza ha logrado al menos adquirir su debilidad.

El bello sexo siempre sagaz, astuto y tentador ha tendido un nuevo lazo al sexo fuerte con objeto de dominarlo, y el sexo *fuerte* ha dejado de ser o. El hombre, que ha sido es y será siempre un Adam, ha caído en la red de flores donde le aprisiona su compañera y ha probado el dulce fruto con que su amable mitad le envenena despiadadamente.

Como Hércules abandonó la clava por la rueca nosotros hemos dejado la espada y el arnés por el *abanico* y la *sombrilla*.

Porque la *sombrilla* y el *abanico* son los atributos de la diosa Comodidad; y es tan agradable el perfume que quemamos en aras de esta diosa!

La humanidad en traje de máscara pasa hoy lanzando estrepitosas carcajadas por delante de la historia.

Este carnaval es muy divertido; pero se hará insoportable por no tener término. Hemos suprimido la cuaresma por incómoda, y nunca pensamos en que el llanto futuro podrá suceder á nuestra risa actual.

### V.

Don Silvestre Cienfuegos, coronel retirado, tiene una hija encantadora llamada Julia.

Y esta hija sostiene relaciones amorosas con un pollo almibarado á quien llaman don Agapito Melindre.

La desdichada Julia, harta ya de los votos y juramentos de su belicoso padre, se suele consolar algunos ratos oyendo las palabras de miel de su *dulce* futuro.

Y como no hay amor sabroso si no se alimenta de hurtos, un dia, mientras el veterano se entregaba al pesado sueño de la siesta, los dos amantes, bajo la sombra de un voluptuoso plátano, estaban en interminables coloquios de amor deliciosamente entretenidos.

Pero quiso su mala estrella que el guerre-

ro se despertase sobresaltado, víctima de una horrenda pesadilla.

¡Rayos, y truenos! grita ¿quién es el miserable que asalta mi casa?

D. Agapito huye con la ligereza de un gamo; pero tiene la desgracia de dejarse atrás el *abanico* y la *sombrilla*.

—¿A quién pertenecen esos afeminados objetos? dice el coronel bajando con la espada desnuda.

—Son míos papá, contesta Julia con imperceptible turbación.

—¡Mientes! responde con voz de trueno el hijo de Marte. Ese *abanico* y esa *sombrilla* son de hombre... digo mal, son de pollo... esto es pertenecen á ese bicho raro y canijo en que se ha convertido el ser humano en nuestros días.

—Pero papá si en el último figurín...

—Déjame de figurines y de embelecocos, porque voy á prender fuego á todas las tiendas de modas que hay en España, y en Francia... y en el universo entero. Confíesame la verdad.

—Pues bien, papá... no me atrevía á decirlo... pero yo los he comprado para V.

—¡Mil millones de bayonetas!.. ¡Hija del diablo! ¿Te atreves á degradarme de ese modo? ¡A mi que no quiero mas aire que el de una ametralladora ni otra sombra que la de una fortaleza aspillera! Te someto á consejo de guerra, y te advierto que jamás consentiré en que te cases con un hombre que usa *sombrilla* y *abanico*.

## VI.

Aquella noche Julia quedaba encerrada en un cuarto en compañía de la doméstica su confidente en materia de amores.

D. Silvestre estaba á la reja armado de su formidable espada y con la puerta entreabierta.

D. Agapito se paseaba cautelosamente por la acera contraria.

Al fin tuvo valor para colocarse delante de la reja y creyendo entrever á la señora de sus pensamientos, dijo con voz melosa:

—Julia, dulce bien mio, hazme el obsequio de devolverme *el abanico* y *la sombrilla*, porque sinó mañana con este insoportable calor, se me derretirán los sesos y se me harán caldo los pulmones. Dámelos por Dios, antes que salga D. Salvaje, ó D. Silvestre, ó tu papá que todo es lo mismo.

—Acércate mas, papá mio, contestó don Silvestre imitando la voz de su hija.

D. Agapito se acercó; pero una terrible estocada fué la caricia que recibiera en cambio de sus piropos. Afortunadamente el golpe se detuvo en las ballenas del corsé, pues no hay cosa en el mundo que sea absolutamente inútil.

Desde aquel día el pollo enclenque se decidió á dejar los amores por peligrosos é *incómodos*.

EL LICENCIADO CARTULINA.

## MI VIAJE.

A MI AMIGO D. CÁRLOS DIAZ BOLLA.

Cruzo el mar de la existencia  
Y voy de lo ignoto en pos,  
Llevando por norte á Dios,  
Por brújula la conciencia.

El pobre cuerpo es la nave,  
Por piloto lleva el alma;  
Y vogo á veces en calma  
Bajo la brisa suave;

Y á veces del huracán  
A los impulsos violentos,  
Sin ver á donde los vientos  
Mi nave conducirán.

Que en la caña del timón  
Las mas veces pone mano  
Un caprichoso tirano,  
Un déspota, el corazón.

Nunca mis velas arrio  
Ni á las brisas deliciosas,  
Ni aun á las rachas furiosas  
De algun chubasco sombrío.

Y así, la quilla rompiendo  
En las rocas del dolor,  
De proa el negro furor  
De la desgracia sintiendo;

Marcho, dejando á girones  
Mi bandera por los mares,  
Recogiendo en mis cantares  
Las ya muertas ilusiones.

A popa quedan detrás  
Del amor el continente,  
Que pesares solamente  
Me ofreciera nada mas.

Las islas de la ambición,  
De la amistad, de la gloria,  
Que juntan ya su memoria  
Con amarga decepción.

Y ya navego en mi daño,  
Ora en calma, ora con brio,  
Por el triste mar impío  
En que entré del desengaño:

Esperando á que sucumba  
Mi nave en tan cruda guerra,  
Para entónces gritar ¡tierra!  
En el puerto de la tumba.

EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

### EL JURAMENTO.

Tendió la noche su estrellado manto:  
No se escucha en el bosque ni un rumor  
Y eleva solo su armonioso canto  
El triste ruiseñor,

Léjos, al brillo de la opaca luna  
Que orla su sien con trasparente tál,  
Una mujer llorando su fortuna  
Se vé en un lago azul.

El dolor en un rostro alabastrino  
Dejó impresa su huella á su pesar,  
Y un cabello lánguido y divino  
Vá el céfiro á besar.

¿Por qué lloras mujer encantadora,  
La dije, al verla triste suspirar?  
—De mi existencia se nubló la aurora,  
Y nunca ha de brillar!

¿Quién sabe, interrumpí, si al fin de nuevo,  
Otra vez os dará su resplandor?  
¡Tambien yo el alma desgarrada llevo  
Y aún creo en el amor!

—El amor, humo leve que respira  
Nuestra existencia en su florido abril,  
Que la envuelve y despues perderse mira  
En su ansiedad febril.

Por eso yo que he visto de mi cielo  
Volar las ilusiones que soñé,  
Vengo en la noche en busca del consuelo  
Que tanto ambicioné!

—Yo tambien, proseguí, busco la calma  
perdida en los combates del dolor!  
Y le conte entreabriéndole mi alma  
Una historia de amor.

Ella vertió una lágrima doliente;  
En mí sus ojos lánguidos clavó,  
Y cual blanca azucena, su alba frente  
Hácia el suelo inclinó.

.....  
.....  
—La Virgen me prestó su dulce nombre;  
Ella me dió su angélica virtud,  
Y entre mis sueños de inocencia al hombre  
Amó mi juventud.

—Amémonos Maria, pues que quiso  
El cielo colocarnos con placer,  
En esta triste senda en que diviso  
La ilusion ya volver.

Entónces nuestras manos enlazamos,  
¡Y ante la tierra, el firmamento y Dios  
Con un beso del alma, nos juramos  
Eterno amor los dos!

¡Los que perdisteis la ilusion querida,  
Buscad un alma á quien hirió el pesar  
Y volverá la dicha á vuestra vida,  
Para siempre á brillar.

JOSÉ MORENO DE MONROY.

### En el Álbum de la Srta. Doña Virtudes Villegas.

Llegas, álbum á mi mano  
Y el alma que triste sueña  
Retratar intenta en vano  
Los hechisos de tu dueña,  
Y su encanto sobrehumano.

Y pues que tu no te enojas  
Cuando es tu indulgencia tanta  
Que aquí mis versos alojas  
A dejarte va el que canta  
sus lágrimas en tus hojas.

Ni que mas hacer podria  
Triste el alma en su locura,  
Si aquí vates á porfía,  
En raudales de armonía  
Encomiaron su hermosura.

Yo al César mi musa rara,  
Diré al son de esos laudes  
Que no fué naturá avara  
Al darte tan linda cara  
Y el cetro de las *Virtudes*.

CÁRLOS DIAZ.

### En el abanico de Concha.

Abanico que te agitas  
Por la mano de mi dueño,  
Y cubres su corazon  
Lo mismo que su albo seno;

Dile que guarde en el alma  
De su amor el juramento,  
Porque si asoma á su lábio  
Se lo llevará tu viento.

J. LOPEZ HERRERA.

## MISCELÁNEAS.

Los últimos días de la semana pasada no han dejado de ser fecundos en sucesos: uno de estos se vino abajo con el estrépito y en medio del alboroto consiguiente, parte del muelle provisional de los baños del Guadalquivir, á la sazón ocupado por muchas personas que se vieron así desagradablemente sorprendidas con aquel baño inesperado. Afortunadamente y según nuestras noticias, ninguna consecuencia seria ha habido que lamentar fuera del susto del momento.

En la mañana del domingo, otro jóven, estando bañándose en las casillas de la *Alameda*, y habiéndose separado de ellas demasiado, se vió también en grave peligro de ahogarse, lo que afortunadamente pudo evitar con su destreza y valor el buzo de aquellos baños, que acudió al sitio del peligro inmediatamente, consiguiendo extraerlo ya perdido el sentido al cabo de algunos minutos. Parece que está restablecido.

Creemos llenar un deber elogiando la noble conducta del buzo José María Montes, que no sin exposición suya, consiguió llevar á cabo este acto de abnegación y caridad.

\*\*\*

Conocemos á una polla que desde que asistió el domingo á *Los Mártires*, ha hecho voto de sentarse todas las noches en las sillas de hierro del paseo. Hasta tal punto la magnífica ópera de Donizetti le ha hecho comprender la sublimidad del martirio.

\*\*\*

Tenemos entendido que es ya un hecho el pensamiento de abrir un abono por diez funciones más por la compañía que actúa en el Gran Teatro, el cual no solamente reunirá grandes condiciones de economía, sino que promete poner en escena obras desconocidas hasta hoy en Córdoba, tales como la inmortal ópera *Fausto* del maestro Gounod, para la que sabemos se pintarán las oportunas góticas decoraciones.

Creemos que el público sabrá corresponder con su asistencia á estos sacrificios, contribuyendo así á despertar de una vez para siempre, el buen gusto tan aletargado en esta ciudad.

\*\*\*

Aun no hemos tenido el gusto de ver por nuestra Redacción el ilustrado periódico *Cor-*

*reo de la Moda*, y solo muy de tarde en tarde lo tenemos de disfrutar la amena lectura del colega madrileño la *Armonía*.

\*\*\*

A visitado nuestra redacción un periódico local titulado el *Pajecillo* de carácter satírico y sin determinado color político.

Podemos asegurar que está bastante bien escrito y que su autor desconocido es ciertamente un buen *dilettanti* y que estamos en un todo conformes con su especie de horror hacia Verdi.

Lo recomendamos á nuestros lectores y le saludamos cordialmente.

\*\*\*

Aseguramos á nuestro ilustrado colega el *Ateneo Lorquino*, que no hemos dejado de enviarle nuestro periódico ni una sola vez, y que solo atribuimos esta falta al mal estado en que nuestras comunicaciones se encuentran.

De todos modos correspondiendo á su aviso, con este número tenemos el gusto de enviarle cuantos nos reclama.

## PASATIEMPOS.

### CHARADA.

Unido por *dos* y *cuatro*  
estoy con una morena,  
la cual me está dando ce'os  
con la *prima* y la *tercera*;  
y yo, porque no se escape,  
la tengo en un *todo* presa.

J. LOPEZ.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO

REMITIDO.—Solución á las charadas insertas en el número anterior:

Mucho me gusta el Retiro,  
y mucho mas los conciertos  
que dirige en aquel sitio  
el maestro MONASTERIO.

L. H.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,  
Azonáicas, 4.

to, la propiedad señorial de Mervilly no pertenecía ya á su familia adoptiva, la baronesa, Didier y ella misma iban á abandonar en una hora y para siempre, la morada donde por tanto tiempo fueron dichosos.

Y, sin embargo, la naturaleza estaba resplandeciente, tan cierto es que ella permanece indiferente ante nuestras desgracias como á nuestras alegrías y que se manifiesta imperturbable lo mismo de una que de otra cosa.

Los paseantes no tardaron en llegar al parque y en dirigirse hácia el castillo: en la misma forma que la avenida se mostraba el parque, brillando á la influencia de los rayos oblicuos del sol. Saturado por esta atmósfera inflamada, estaba magnífico con sus hermosos prados de menuda yerba, sus bosquecillos de cedros y abetos y sus deliciosas perspectivas que se extendían mas allá de Orbec. El castillo, á su vez, puesto en relieve por estos efluvios de irradiaciones, estaba soberbio: su fachada, su estilo del Renacimiento, se hallaba compuesta de un cuerpo principal de edificio y de dos pabellones salientes á ámbos lados: los vidrios de sus tres filas de ventanas reflejaban destellos de un color rojo. En el primer piso se veían colocadas en nichos de mármoles elegantes estatuas mitológicas que representaban á Diana, Actéon, Aréthus, Phebé, Pécate y Psyché, as que parecían animarse bajo el influjo del ardiente álito de Apolo, dios de la luz. En el frontis, se podía admirar un delicado bajo relieve que representaba un grupo de las cuatro divinidades del campo, Ceres, Flora, Pomona y Pertumne. Una esca inata con ba austrada de estuco y adornada con tiestos de hortensias y geráneos, daba acceso al piso bajo del castillo.

Antes de subir se detuvo Mme. de Mervilly: Didier y Valentin la imitaron, quedándose los tres contemplando en silencio el mágico espectáculo que se ofrecía á sus ojos. Si hubo en aquel momento alguna idea de pesar ó de disgusto, muy difícilmente se hubiera podido conocer, porque ninguna queja se escapó de sus labios, ninguna tristeza se retrató en sus miradas. Después de una pausa, la señora de Mervilly dijo sencillamente:

—Linda arquitectura, sobre todo iluminada como lo está esta tarde.

—Es cierto, se contentaron con responder el baron y la señora de Champrosav.

Un minuto despues penetraban los paseantes en el vestíbulo, lugar espacioso, enlosado de mosaico y cuyas paredes imitando pórfido, se dividían en fajas á modo de pilastras coronadas de capiteles corintios. Cuatro bustos en mármol colocados en los cielos, y en los cuales se reconocían las figuras de Racine, Voltaire, Mme. Staél y Chateaubriand, revelaban la afición literaria de los antiguos señores de Mervilly. Una escalera monumental, adornada como la escalinata exterior, conducía á los pisos superiores. Desde luego el vestíbulo anunciaba un interior cuya disposición debía tener tanta gracia como magestad.

—La señora baronesa está servida, dijo un criado de librea que esperaba con aspecto grave y actitud de profundo respeto.

La baronesa le miró sonriendo.

—Está bien, Huberto, respondió: desgraciadamente viene Vd. por última vez á anunciarme que la comida espera, porque mañana nos vamos.

Huberto permaneció inmóvil, pero sus ojos se medio cerraron como para ocultar una emoción.

—Mañana! murmuró: ¿pero es cierto que mañana...?

—Si, buen Huberto, sí, repuso Didier: mañana espira nuestro dominio y por consecuencia el derecho de habitar en Mervilly. El acta de venta es terminante en este punto.

Huberto no añadió una palabra.

Pronto la baronesa, Valentin y Didier tomaron asiento alrededor de una mesa elegantemente dispuesta y modestamente servida en un comedor de grandes dimensiones, cuyas paredes estaban revestidas de artesonados y adornadas de cuadros representando escenas de caza debidos al pincel cinético de Desportes y de Oudry. El moviliario, característico de la edad media, se componía de cofres, aparadores, sillas talladas de rec-

to espaldar, taburetes y rinconeras. Crista ería de Flandes, porcelanas riquísimas de Nevers, y tapicerías de batallas en rojo y oro comunicaban á esta pieza un aspecto magestuoso é histórico.

En aquel recinto nos creeríamos trasportados á un castillo del siglo XVI si los modernos trajes de las personas que se hallaban reunidas en él no hubieran disipado la ilusión.

La comida fué breve y el gasto poco. La baronesa iba á levantarse cuando una doncella entró súbitamente en el comedor: venía agitada y su fisonomía dejaba adivinar cierta irritación mal contenida.

—¿Qué ocurre, Lucía? le preguntó la señora con extrañeza.

La muchacha no respondió al momento permaneciendo unos instantes con la excitación que parecía impedirle tratar el asunto con la gravedad que merecía. Por fin se decidió y dijo:

—Ocurre, señora baronesa, que Mr. Herbault, la señorita Clotilde y Mr. Félix Duhanbois están en el vestíbulo... Dicen que desean hablar á usía.

—Y bien! ¿que puede llamarte en esto la atención?

—Yo no entiendo ciertas cosas, señora baronesa, pero me sorprende que esos señores no hayan esperado, para presentarse en el casti lo á que los señores de Mervilly se retiren de él.

—Tu bondad te hace susceptible en lo que nos concierne, pobre Lucía. Yo tengo un placer verdadero en ver á esos señores; apresúrate, pues, á introducirlos en el salón y suplicales que esperen un momento.

—¿He disgustado á la señora baronesa? preguntó contristada la doncella.

—No, hija mía; yo estoy siempre muy satisfecha de tu comportamiento. Ahora solamente te recomiendo la mayor deferencia para el nuevo dueño de mi palacio, á quien profeso un sincero afecto.

—Obedeceré, contestó lacónicamente é inclinándose la joven camarera. Sin embargo, su fisonomía expresó á pesar suyo que

—Ahora volvamos por donde hemos venido, dijo con firmeza: vamos al castillo á hacer la comida de despedida.

Durante la vuelta, la conversación fué menos animada: la avenida estaba deslumbradora por la forma en que proyectaba el sol sus rayos; penetraba por el follaje resplandor dorado que cautivaba el espíritu y le inclinaba á la meditación.

La señora de Mervilly y su hijo vieron allí un emblema de la opulencia, y soñaban naturalmente con la fortuna que había hecho por tanto tiempo el brillo de sus existencias y que ya se había desvanecido, como se desvanecería bien pronto el brillo fastoso del astro que corría á ocultarse en el horizonte.

La señorita de Champrosay recordaba su entrada en Mervilly la vez primera; hacia diez años y era una hermosa tarde de otoño: ahora estaba muy cambiado el cuadro, y la pobre niña, antes tan alegre, estaba bien triste ahora. Una doble desgracia la había dejado huérfana: no hacia mucho tiempo supo la muerte de su padre, oficial de marina, víctima en el Brasil de un ataque de fiebre amarilla. Un año mas tarde su madre, dulce y encantadora criatura presa súbitamente de una especie de languidez que la consumía, había espirado estrechándola contra su seno en un supremo esfuerzo de ternura y desesperación; después de estos tristes acontecimientos de familia que dejaron á la pobre niña sin parientes próximos y casi sin recursos, Mr. de Mervilly, antiguo camarada de colegio del conde de Champrosay, se había impuesto el deber piadoso de recogerla y el placer de educarla. Próximo á franquear con ella las lindes de sus dominios, el escelente gentil hombre le señaló con el dedo el parque y el castillo, inundados por los rayos del sol poniente, y le dijo con un acento tiernamente paternal:

—Vea V. su nueva casa, querida Valentina: lo que en ella hay será de V. como hija mía que es V. desde hoy.

Esta escena se reproducía vivamente en la memoria de la bella huérfana.

¡Cómo habían cambiado las cosas! Su bienhechor había muer-